

tres manifestaciones contemporáneas del racismo: el antisemitismo, la islamofobia y la supremacía blanca en Estados Unidos. Hay quien considera que los dos primeros no son formas de racismo sino de intolerancia religiosa. No obstante, sin que los argumentos que se esgrimen en contra de judíos y musulmanes dejen de ser etnocéntricos, muchos responden también a las lógicas del racismo.

El antisemitismo

El antisemitismo es la expresión moderna y racista de una hostilidad de muy larga duración hacia el pueblo judío, llamada antijudaísmo o judeofobia. Este racismo en contra de los judíos nació en el siglo XIX, cuando se afirmó que había una “raza judía”, que fue llamada “raza semita”. Explicaremos este último término más adelante.

Antes del nacimiento del cristianismo, hubo algunas manifestaciones judeófobas aisladas; por ejemplo, en la Alejandría del siglo III a.C. por parte de los egipcios.⁷ Sin embargo, la aversión hacia las poblaciones judías data sobre todo de la acusación indebida que pesó sobre el pueblo judío como responsable del asesinato y la crucifixión de Jesucristo. Esta acusación se implantó como dominante en el territorio del Imperio romano a partir del siglo III o IV d.C. En ese entonces y a lo largo de casi quince siglos de historia europea, la violencia hacia los judíos no estaba sustentada en la idea de que eran una “raza” distinta, sino en diversos estereotipos y prejuicios muy arraigados que tenían su origen en diferencias religiosas (Rozat, 2000). No fue sino hasta el siglo XIX, con el auge del racismo científico, cuando el hoy llamado “pueblo judío” fue repensado y construido como una “raza” (Jerade, 2018).

La historia decimonónica de este nuevo racismo contra los judíos se halla notablemente influida por lo que ocurrió en Francia. En 1791, tras la Revolución francesa, nació el proyecto de otorgar a los judíos ciudadanía y derechos civiles y políticos iguales a los del resto de la población

⁷ Recomendamos el siguiente portal de la TV francesa, con una diversidad de programas referentes al antisemitismo: <https://www.arte.tv/fr/search/?q=antisemitisme>.

nacional (Hobsbawm, 2013). Esta aspiración se topó con innumerables obstáculos políticos alimentados por los milenarios prejuicios en contra de los judíos, de modo que no fue sino hasta 1846 cuando, en Francia, desapareció el último vestigio de la desigualdad jurídica para esta franja de la población (Berstein, 1991). Sin embargo, fue después de esta llamada “asimilación” que la hostilidad religiosa hacia los judíos se transformó en una hostilidad que pretendía justificarse en la política y en la ciencia, tratando de establecer “criterios objetivos” para distinguir y excluir a los judíos (Poliakov, 1991).

Se combinaron tres diferentes modalidades de hostilidad en contra de esta minoría: una tradicional y antigua —la judeofobia cristiana— y dos modernas. De esas tres, la primera, de carácter religioso, no desapareció. Sin embargo, adoptó una nueva cara: se empezó a acusar a los judíos de ser los creadores de la masonería y del “complot” de esta última para acabar con el catolicismo.

De las otras dos modalidades antijudías, la primera surgió en la era de la Revolución industrial y de la lucha obrera por los derechos sociales, y fue enarbolada por varias izquierdas. Algunas de ellas argumentaban que los judíos eran ampliamente responsables del capitalismo, pues se les acusaba de estar ligados o ser dueños de la más poderosa banca internacional (Berstein, 1991). A pesar de que la mayoría de los judíos franceses eran de clase media y una cuarta parte estaba compuesta por indigentes, se les acusaba de hallarse ligados al más poderoso banquero de la época, el barón Rothschild, que era judío. Por otro lado, debido a que muchos judíos, entre otros sectores de la población, eran partidarios de la Revolución industrial, los socialistas utópicos los acusaban de fomentar las injusticias que ésta acarrearía a las clases populares.

La segunda modalidad surgió, paradójicamente, tanto entre algunos anarquistas como entre los enemigos de los principios igualitarios y democráticos de la Revolución francesa. En el pensamiento y los escritos de Proudhon, el famoso anarquista francés, se anunció claramente un racismo antijudío.⁸ En sus *Carnets* escribió: “El judío es el enemigo

⁸ Este racismo nació como consecuencia, por una parte, del recelo que causaba en Francia una ola de inmigrantes judíos que huían de los pogromos en Europa oriental

de la humanidad. Esta raza debe ser devuelta a Asia o exterminada” (Poliakov, 1991: 207). Poco después surgieron diversas voces provenientes de las derechas, que, entre otras cosas, expresaban un gran reconocimiento por los aportes a la vida social y cultural provenientes del otro lado del Rin (Trejo, 2013: 11-13). Fueron esas voces los ejemplos más patentes del antijudaísmo racista francés decimonónico. Su pensamiento tendía a exaltar a la que llamaba “la raza aria” o “raza indoeuropea” frente a “las otras razas”, fundamentalmente aquella que empezó a denominarse “raza semita”, dado su origen geográfico-cultural y lingüístico.

En 1871 el orientalista alemán August Ludwig von Schlözer usó el término “semita” para referirse a un grupo de “lenguas semitas”: el arameo, el hebreo y el árabe, entre otras. En 1873 apareció el término “antisemitismo”, en la pluma del periodista alemán Wilhelm Marr, quien recurrió a esa palabra para designar el rechazo racial no a todos los pueblos que hablaban lenguas semitas, sino únicamente a los judíos. Esta reducción racializada de lo semita a lo judío tenía, por lo visto, el claro propósito de poner de relieve que los pueblos que eran de origen semita, pero no hebreo, eran pueblos agrupados fundamentalmente en torno a una cultura y a ciertas lenguas, mientras que los judíos eran una “raza” (Pérez Vejo, 2009: 85-86; ver Taguieff, 2019: 76-80). A partir de entonces, es una convención aceptada que antisemitismo es sinónimo de racismo en contra de los judíos.

Cuando Ernest Renan publicó su *Histoire générale des langues sémitiques* (1855), enfatizó más el carácter racial del término “semita” antes que su carácter lingüístico, al colocar en el nivel inferior a la raza negra y en el superior a la raza blanca, a la que veía como compuesta por dos razas: la aria y la semita. Renan argüía que, a sus ojos, la raza aria y la semita no podían distinguirse en términos fisionómicos y eran igualmente bellas físicamente. Sin embargo, para él, lo que hacía a una superior y a la otra inferior eran sus “características morales”⁹

(Poliakov, 1991: 211) y, por la otra, del auge del darwinismo social, que hizo que el concepto de “raza” se impregnara profundamente en la cultura política y científica europea.

⁹ Olvidando en este proceder la veta árabe, sefardí de los judíos. Se pensó sólo en los judíos de Europa occidental, central y oriental.

Para hacerse eco de este pensamiento, surgió la voz de uno de los más agresivos exponentes de la animadversión racializada contra los judíos: Édouard Drumont. En su libro *La France juive* (1886) se empeñó en mostrar que la raza aria, “hija del cielo, entusiasta, heroica, caballerosa, desinteresada, franca,” era infinitamente superior a la semita, “terrácola, mercantil, codiciosa, intrigante, sutil, astuta” (Poliakov, 1991: 215; Kauffmann, 2008; Domínguez Michael, 2018). A este coro se sumaron Gustave Le Bon, connotado psicólogo social racista, que veía a los judíos como desprovistos de artes, ciencia, industria o algo que constituyera una civilización (Poliakov, 1991), y Maurice Barrès, activo militante antisemita, quien escribió:

que un judío se críe en una familia aria desde su nacimiento [...] ni la nacionalidad ni el idioma habrán cambiado un átomo de las células germinales de este judío, por lo tanto, de la estructura hereditaria y la textura de sus tejidos y órganos (Poliakov, 1994).

En la misma época, Jules Soury, lingüista, historiador y biólogo francés, realizó estudios de craneometría y llegó a la conclusión de que los cerebros de los arios y de los semitas —entiéndase por ello los judíos— no eran iguales. Soury afirmaba que estos últimos eran incapaces de sentir generosidad, sentido del honor y patriotismo. Todas estas afirmaciones “científicas” se desarrollaban en tiempos de la maduración de los Estados nacionales y de los nacionalismos, alimentando así la animadversión contra los judíos.

El antisemitismo tuvo varias manifestaciones álgidas entre el tercer cuarto del siglo XIX y la Segunda Guerra Mundial. Varias de ellas plantearon la creencia, ya muy extendida en Europa, de que los judíos, estuvieran donde estuvieran, no sólo representaban únicamente sus propios intereses supranacionales, sino que tenían la capacidad de controlar al mundo. Uno de los ejemplos más claros de estas manifestaciones fue el llamado “caso Dreyfus” en Francia. Empezó en 1894, con la falsa acusación que pesó contra el capitán judeo-francés Alfred Dreyfus, en plena guerra franco-prusiana, en el sentido de que estaba pasando información secreta a los alemanes. Este caso desató una ola

de antisemitismo en todo el territorio nacional y más allá de las fronteras francesas. Absuelto unos años después gracias a la presión de importantes intelectuales, entre ellos fundamentalmente Émile Zola, se descubrió que el verdadero espía era un capitán francés, no judío. Otra muestra del acentuado antisemitismo del siglo XIX se observa en la publicación y amplia circulación de libelos difamatorios: *Los protocolos de los sabios de Sion*, en la Rusia zarista, y *El judío internacional* de Henry Ford.

En 1898, el servicio secreto zarista le encargó a Mathieu Golovinsky, un escritor, la redacción del panfleto *Los protocolos de los sabios de Sion*. Ahí se afirmaba que, encabezada por los ancianos dirigentes del pueblo judío, existía una secreta conspiración judía dispuesta a dominar al mundo, pasando por encima de los intereses de cada Estado-nación. La esencia del contenido de este panfleto fue incluida por el empresario antisemita estadounidense Henry Ford en un libro que él patrocinó, *El judío internacional*, publicado en la década de los veinte del siglo pasado en diversas lenguas y distribuido por los cinco continentes. No obstante, ya desde aquellos años veinte se desmintió el contenido del libelo y se demostró que su único propósito era la difamación del pueblo judío y su construcción como una amenaza al poder del zar, en favor de un tipo de modernización política, económica y social que permitiría en Rusia el desarrollo de la agenda republicana de separación de poderes, así como la instauración de derechos civiles y políticos al estilo francés (Eisner, 2005).

Sin embargo, los estereotipos que esta propaganda generó y atizó alimentaron aún más los prejuicios en contra del pueblo judío en diáspora, acrecentando el miedo, el rechazo y la violencia antijudía de carácter racista. Poco después, el antisemitismo racista a ultranza del régimen nazi condujo al exterminio de un tercio de todos los judíos del planeta.

El antisemitismo ha seguido vigente y se ha extendido en el mundo hasta nuestros días. En la Alemania nazi no sólo fue razón de Estado, sino parte de la estructura jurídica del Estado alemán. Tras la derrota de la Alemania nazi y la difusión de los horrores del Holocausto, el antisemitismo religioso y racializado tuvo un repliegue de más de cincuenta años. Sin embargo, cada vez con mayor frecuencia hay ataques

y manifestaciones antisemitas en Europa y Estados Unidos, así como en muchos otros lugares, incluido México.

La islamofobia: la sombra del terrorismo

“Islamofobia” es un concepto de reciente aparición. Si bien los fenómenos agrupados bajo ese término son mucho más antiguos, la islamofobia tiene sus raíces en una larga tradición europea de ver y percibir al islam y todo lo relacionado con esa religión como un enemigo cultural y religioso (Bravo, 2010). La islamofobia asigna a la persona que es leída o vista como musulmana, lo sea o no, diversos estereotipos y prejuicios que no corresponden a la amplia y diversa realidad del mundo islámico, ni a la cultura de los muy diversos pueblos que practican tal religión a lo largo y ancho del mundo. Crea así una visión simplista y reduccionista de la diversidad de los pueblos y las culturas que practican el islam.

De acuerdo con datos del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR, 2017), más de 1800 millones de personas se identifican con esta religión, que abarca diversos pueblos como el árabe,¹⁰ el magrebí, el egipcio y el indonesio, entre otros. Las personas musulmanas que viven en estos países tienen culturas, lenguas y tradiciones distintas. Además, los regímenes políticos que gobiernan estos Estados-nación van desde dinastías casi absolutas, como la de Arabia Saudita, hasta repúblicas laicas, como la turca o la indonesia. Si bien en buena parte países con población mayoritariamente islámica las mujeres carecen hoy de muchas de las libertades consagradas en el

¹⁰ Corresponde aquí explicar algunos términos que suelen confundirse: 1) La religión es el islam. 2) A quienes practican el islam se les llama musulmanes. La palabra “mahometanos” es errónea. 3) El árabe es un grupo humano que proviene de la península arábiga, y también es una lengua. Es decir, puede haber árabes cristianos, ateos y de otras denominaciones religiosas. 4) El islamismo es una opción política que busca incidir en la toma de decisiones a partir de los mandatos propios de la religión. Algo así como la democracia cristiana en los países occidentales. Sin embargo, los estereotipos y los prejuicios racistas han simplificado y reducido toda esa complejidad, al construir a esta población como un todo homogéneo y enemigo del Occidente cristiano (De Prado, 2018).